

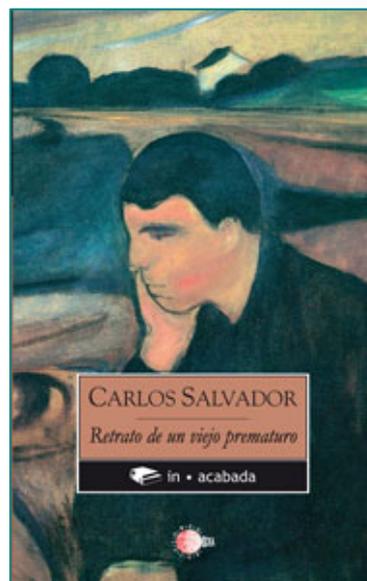
El oficio de vivir

ALFONSO GONZÁLEZ JEREZ

No quiero perpetrar ninguna metáfora, pero claro, será imposible, porque Borges ya explicó, como bien recordaría Carlos Salvador, que en toda palabra anida una metáfora, que, hasta cierto punto, toda palabra es una metáfora. Pero Carlos Salvador es, sobre todo, una biblioteca con las puertas entreabiertas al mundo indescifrable, un pequeño y pululante universo verbal, una apuesta por decidirse entre la palabra y la vida que solo podía desembocar en la vida incorrupta de la palabra, destino cumplido de un escritor que tuvo el tiempo justo de nacer y se nos quedó joven, inocente, sabio e impaciente para siempre jamás. La muerte no tuvo la última palabra. La última palabra es propiedad y ofrenda y regalo de Carlos Salvador.

El joven escritor escribe con generosidad y valor y sus referencias literarias son expuestas impudorosamente, porque el suyo es un discurso todavía no manoseado por las desconfianzas y las trapacerías del oficio. Porque el acto de escribir puede ser descrito grandilocuentemente como una cósmica e irreductible necesidad de expresión, pero lo más certero, y aquí Carlos mencionaría a Pavese, es apalabrarlo como oficio. Solo asumiéndola como oficio es soportable la literatura, defensa absurda contra las precisas y bien ordenadas ofensas de la vida. El oficio de vivir. El oficio de poeta. El oficio de ser Carlos Salvador y construirlo día a día como un jornalero honrado pero exultante que explora y desintegra las convenciones de los géneros con una espléndida libertad, con una asombrosa capacidad de síntesis expresiva donde se amalgama literatura y cómic, cine y canción, culebrón y pintura, con un talento verbal que siempre sale bien parado, con un dominio pasmoso de la artesanía de la cita que nunca desprende el adolescente perfume de la pedantería aunque a veces abrume el festín.

Retrato de un viejo prematuro, como sus poesías, como sus cuentos, aforismos y artículos, avanzan y reclaman una estética de la fragmentación. Conviene no engañarse: el fragmentarismo de la obra de Carlos Salvador nada tiene que ver con su condición inacabada y hasta hoy anónima, sino que parte de una vivencia y una convicción, ambas tan intensas como reivindicativas, sobre el fenómeno literario. Italo Calvino ofreció seis propuestas para la literatura del próximo milenio, el milenio de Carlos Salvador, que se nucleaban alrededor de seis conceptos fundamentales: levedad, rapidez, exactitud, visibilidad, multiplicidad y consistencia. No se trata de practicar una literatura menor y consoladora, sino todo lo contrario: estos seis nudos sostienen una estrategia para devolver a la literatura su potencialidad para cifrar la experiencia humana con la loca ambición de la totalidad. "Mi fe en el futuro de la literatura", dijo Calvino, "consiste en saber que hay cosas que sólo la literatura, con sus medios específicos, puede dar". Quizás sin suscribirlo conscientemente, Carlos Salvador era profundamente calviniano, y entendió intuitivamente que en el mestizaje de disciplinas artísticas y géneros literarios, incorporando, como Manuel Vázquez Montalbán cuarenta años atrás, la cultura popular a un discurso lúcido y libérrimo, podía encontrarse un instrumento válido para la expresión y la crítica, para la decodificación irónica de la realidad y la reconciliación con las palabras de la tribu.



Una narrativa que no huye de la disquisición pero que sigue contando, un falso yoísmo que a todos incumbe, un personaje que somos todos y es ninguno, los muertos que nunca mueren y los vivos que nunca viven y súbitos latigazos que nos revelan la mortal exactitud de la poesía trasmutada en ironía y alegoría, en ritmo conceptual y en greguerías como fogonazos. "Las

mujeres rubias siempre mueren de inanición". "Los días del Tibet mueren como el cisne, cantando". "No tengo solvencia moral para matarme ni matarte". "Todo empezaba a anochecer, incluso la misma noche". En el amor y el desamor cabe todo y quizás por eso Carlos Salvador se inventó a Carlos Salvador. Será un invento perdurable que nos acompañará durante años y acompañará en el impredecible futuro a los mejores lectores, a los que no saben distinguir entre la literatura y la vida, entre los que se encontraba Carlos Salvador, escritor para siempre.

Prólogo del libro "Retrato de un viejo prematuro"